

Los Cuatro Caminos

Por: Juan Pablo Vivaldo Martínez

La verdad es que ya no recuerdo cuánto tiempo llevo acá y ya ni siquiera me importa. Desde hace algunos años me enseñaron que «esto es lo que hay» y que tenemos que ingeniárnoslas para sobrevivir en esta vida... Así como aquel programa que mostraba que una decena de infelices era perfectamente capaz de existir en un pinchurriente espacio de alguna pinchurriente vecindad de otra más pinchurriente ciudad.

¿Pero a quién demontres se le habrá ocurrido que en estos asientos de plástico la gente puede esperar cómodamente el momento de levantarse para segundos después empujarse y buscar incesantemente la luz que lo llevará a la salida o a otro repositorio humano albergando la esperanza de encontrar otra butaca vacía en la cual dejar caer sus posaderas? ¿A quién se le habrá ocurrido?

Debo reconocer que uno de mis pocos placeres, aparte de quedarme bien jetón, es... aparentar que me quedo bien jetón para evitar que mis naciones unidas (léase mis nalgas) se separen de ese maldito e incómodo diván, sólo para que tome asiento alguna anciana decrepita que apenas si puede con su alma, algún albañil que después de partirse el lomo todo el día trabajando pretenda aplastarse ahí, o simplemente una persona que, so pretexto de ir cargando a un escuinle en brazos, supone que tiene más derecho que yo a ocupar ese inerte y colorido taburete.

Durante uno de esos simulacros de sueño profundo intenté recordar la

manera en la que transité de una vida superficial a una subterránea. ¡Qué recuerdos! ¡Hasta eso que me la pasaba bien a gusto cuando andaba por allá arriba! Muy pocas cosas me preocupaban, por ejemplo, el lugar en donde podría echarme un sueñito, encontrar un nuevo puesto de tacos para echarme unos de nana, buche y maciza (de esos a los que les llaman rimbombantemente “de muerte lenta”), o pararme cual contemplativo atlante frente a un puesto de revistas para enterarme si el Atlante por fin ya había ganado... algo.

La cuestión fue como sigue. En una de tantas ocasiones, deambulaba por el caótico centro de la ciudad que se asemejaba a una zona urbana francesa (o inglesa, o alemana) después de nutridos bombardeos (llegué a esa conclusión porque recuerdo que alguien en algún momento me habló de un conflicto al que bautizaron como Segunda Guerra Mundial.. aunque a decir verdad nunca me quedó claro por qué el apellido de “mundial” si ni Guatemala, ni Haití, ni otras decenas de países enviaron tropas para agarrarse a los cocolazos). A lo lejos sólo se distinguían algunos enormes y pesados monolitos amarillos empleados para perforar el piso al tiempo que otros recogían los escombros sólo para depositarlos en otro lugar. Aquellos mastodontes mecánicos eran manejados por entes más pequeños que entraban en sus cabinas, pisaban el acelerador, luego el freno, inmediatamente después accionaban unas palancas para, acto seguido, quedarse a contemplar

impávidos y nada impolutos el espectáculo que brindaban un montón de hormigas humanas que deambulaban entre los escombros, removían piedras, rocas y pedacera para, minutos después, hacer que la misma tierra se engullera modernos materiales que permanecerían en ella durante varias décadas más.

Fue entonces que en una de mis acostumbradas e impredecibles decisiones pensé que sería inteligente corroborar por mí mismo la nueva obra de infraestructura (infastructushur, en inglés) que tenía en mente un individuo cuyo rostro era la prueba contundente de que efectivamente provenimos de los changos y que poseía un antropomorfo cráneo adornado por una corona de rosal. Así que pasé al lugar de los hechos violando todas y cada de las normas de seguridad, de las leyes vigentes y de la inteligencia humana para constatar de primera mano aquel monumento a la obra pública.

Me eché mi clásica carrerita esquivando cuanto obstáculo se interponía en mi camino: simpáticos conos que alguien manda poner por ahí para que se mire que es una zona de obra; muchachos vistiendo elegantes y empanizados trajecillos confeccionados por el Departamento del Distrito Federal para la ocasión; una que otra vendedora de quesadillas para quien resultaba un gran negocio alimentar a esos aguerridos trabajadores de la construcción... hasta que me topé con unos *tiras* (dícese de los *azules* que por cualquier cosita te agarran a macanazos y te entamban un ratito hasta que se te pase lo *salsa*), que surcando con velocidad descomunal el amorfo terreno, imagino abrían sus prominentes bocas para gritarme y gentilmente recordarme a mi madrecita santa mientras agitaban de un lado a otro sus cachiporras en señal de «órale

cabrón, nomás que te agarremos y te damos tu buena calentadiiiiiiiiiiiiiiiii.....ta». ¡Ah qué buen madrazo me puse! Todo por andar intentando leer los labios de aquellos integrantes del H. de su P. M. Cuerpo de Policía, no me di cuenta y me caí por tremenda zanja que no sé quién mandó cavar ahí (ahh sí... el individuo de simiesco rostro adornado por su corona de rosal).

Lentamente abrí los ojos con cierta actitud sospechosa para cerciorarme que nadie estuviera haciéndose el interesante para querer ocupar el lugar que ya me estaba dejando las naciones [más] planas. Afortunadamente las personas siguen con los brazos abajo, son incapaces de reclamar algo, se desesperan y se van mientras yo sigo aplatanado en una estructura sólida que a veces es azul, otras verde o gris. Finalmente, no es mi problema si no abordan el vagón en la primera estación o si no arriesgan la vida lo suficiente como para ganar un lugar.

Llegó un momento en que intenté salir de este inframundo visitado diariamente por algunos cientos de miles de personas. Ninguna estrategia funcionó. Era como si no existiera. Fue como si de pronto de la manera en la que yo veía (o no) a los demás en mi vida exterior, se volviera contra mí, acá en el subsuelo... y bueno, ¡qué le vamos a hacer! ¡Pues ya estoy aquí! ¿A quién le dan pan que llore? Esto es lo que hay y no queda más por hacer que dejarse llevar y no preocuparse por problemas que no son míos.

Así me dediqué a observar a mi alrededor los miles de espectáculos que a diario ofrece este lugar, a vivir con base en una dieta rica en chicharrones, alegrías, chicles, chocolates y productos de la prestigiosa marca "De alta calidad" ¡Todo lo tenía a mi alcance! De pronto me enteré por algún atolondrado que desde que el hombre-simio había inaugurado

mi ahora nuevo domicilio, habían pasado cerca de 15 años.... ¡Me había convertido en todo un quinceañero con cientos de miles de "chambelanas" para escoger! ¡Y la celebración estuvo bien movida!

En una mañana donde, para variar, en aquel lujoso pero reducido espacio para trasladar a la prole los aromas y los calores humanos se mezclaban hasta trasladar nuestras mentes a otro paradisiaco lugar [y así olvidar esta maldita apretadera], me encontraba ejerciendo otra de mis actividades predilectas: ver de reojo la portada de alguna revista que leía algún inadapto social. Aún se vivía la resaca de la noche de aquel "Grito", pues uno que otro pasajero portaba patrióticamente algún distintivo que le recordaba que en realidad estaba parado sobre una penca de nopal mientras degustaba una deliciosa serpiente al vapor. Justo a mi lado, uno de esos orgullosos especímenes venía leyendo el *Impacto* del día jueves (a veces fijaba más la vista y hasta las letras chiquitas era capaz de ver) en cuya portada figuraba uno de los rostros telenoveleros más sensuales del momento. Entonces no pude más y descaradamente le eché un ojo al contenido de la revista. ¡Esa mujer era hermosa! Las fotos del reportaje que le hicieron la hacían ver como una diosa, ¡qué figura!, ¡qué piernas!, ¡qué caderas!, ¡qué ricota!, ¡qué...

-Óigame, ¿quiere que le venda mi revista o qué? -me dijo el tenochca mirándome con sus ojos de águila deseosos por desayunar nutritivos ofidios.

Yo nomás lo miré con cara de: "ya bájale, ¡ni que estuviera tan buena la Mafufo!", así que aparté mi mirada de la publicación ajena, ¡no se fuera a sentir aquella persona mancillada dentro de su mundo hebdomadario! Y así con mi cara de "huele a pedo" me acomodé de nuevo

en mi lugar y sólo subí un poco la mirada para observar a una mujer que cargaba a su niña con el brazo derecho, su bolsa y la pañalera con el izquierdo, mientras que de su cuello venía colgando un estuche que presumiblemente traía dentro una cámara fotográfica:

-¡Bah!, ¡periodistas! -dije para mis adentros.

En esas reflexiones estaba cuando de pronto de un violento latigazo acabé cubierto por la pañalera, una bola de pañales, un extraño polvo blanco y con la Mafufo en mis piernas. Los gritos no se hicieron esperar en aquel atestado vagón, las luces se fueron por completo y aunque el tren detuvo su marcha rectilínea, ahora se pandeaba de un lado a otro con una furia sólo comparable al tiburón de la película gabacha *Jaws* cuando se devoraba a una de sus presas. Así fue la celebración de mis primeros XV: ni chambelanas, ni regalos, ni pastel, pero eso sí, ¡bien pinche movido!

Al paso del tiempo, la mayoría de las experiencias comenzaron a parecerme monótonas hasta el punto en que ya me daba lo mismo atestiguar las peleas de cientos de noviecitos que daban tremendos espectáculos lo mismo en la línea verde, en la azul o en la amarilla, incluso las divertidas escenas protagonizadas por innumerables e inofensivos beodos a quienes les daba por fraternizar con la primera persona que se les cruzara en el vagón, sólo lograban sacar una leve sonrisa de mi ya subterránea humanidad.

Algunos años después de los primeros XV de mi reciente nueva vida, me llamó la atención que uno de esos merolicos dementes que pululan en la clandestinidad, se arrancó con una perorata que versaba sobre un supuesto fraude que había llevado a la presidencia a cierto individuo a quien le llamaba "una de las cabezas más brillantes del

país" (después me enteré que era una burla hacia su avanzada calvicie). Usando una voz que llenaba todo el vagón, se refería a él como un "subordinado al gran capital", el primer "tecnócrata" nacional y, ya entrados en gastos, "las orejas" de los ambiciosos vecinos del norte. Lo que me impresionó no fue lo que decía, sino la manera en que lo hacía. Se notaba convencido y a pesar de que unos ni lo pelaban, otros movían la cabeza de lado a lado en absoluta señal de rechazo (o de ignorancia... podía ser) y algunos más lo veíamos con cara de: "no seas huevón y ponte a trabajar", la persona que compartía el mensaje se notaba muy segura de lo que sostenía, extrañamente no se le notaba miedo ni en su voz ni en su forma de desplazarse en aquel espacio a pesar de que iba sólo acompañado de un libro bajo su brazo izquierdo. Miraba a los ojos pero no con una actitud retadora, sino en realidad con ganas de invitar al otro a la reflexión, a la crítica sobre aquel fraude pero también a la autocrítica sobre la actuación diaria en la sociedad de cada uno de quienes lo escuchábamos.

Pasó el tiempo y llegando a la estación a la que las tropas italianas invasoras hubieran llamado en otro momento Abisinia, un grupo de cuatro estudiantes (dos hombres y dos mujeres) abordaron el convoy y nos explicaron que los antiguos dioses mexicas, tomando al volcán Popocatepetl como portavoz (justo en ese día se le pegó la gana expulsar material incandescente por su cráter), se estaban pronunciando en contra de una serie de latrocinios que se habían cometido en contra de esta nación entre las que destacaban la venta de más de la mitad de las empresas públicas a intereses extranjeros (en esta época ya no sólo se vendía más la mitad del territorio) así como una brutal crisis económica que

desembocó en que al transporte subterráneo ahora se incorporaran miles de desempleados que se vieron obligados a vender cualquier cosa susceptible de ser intercambiada por unos cuantos devaluados nuevos pesos. Por último nos informaron que debido a lo anterior (y a unos cuantos cientos de años de explotación), se levantó un ejército conformado por miles de indígenas que le declaró la guerra al supremo gobierno.

Por alguna razón me interesé en el tema y seguí a uno de ellos para cuestionarlo sobre las razones que al menos a él lo movieron para decidir emprender esa extraña labor de información:

-¿A ti en qué te perjudica? ¿Quién te está pagando para hacer esto? ¿Qué sacas con este tipo de prácticas? - le pregunté.

-Mire usted, nos perjudica a usted, a mí, a los que están y a quienes vendrán. El interés está relacionado con el bienestar de la comunidad, no sólo de algunos individuos ni de un grupo en particular. Lo que buscamos es exponer nuestros puntos de vista con el objetivo de que la gente los conozca, los confronte con los suyos propios y se genere una especie de diálogo interno que después se tendría que exteriorizar.

Esos fueron mis primeros encuentros con otras formas de compartir y digerir las noticias... y me parecieron positivas, a decir verdad. El único problema que le veía al asunto era la lentitud y el desgaste del método, es decir, es de todos sabido que encendiendo la televisión sólo es cuestión de sintonizar el canal en el horario programado para consumir una serie de presuntas verdades que el dueño de una empresa le ordenó a uno de sus trabajadores compartir. Parece que pensé en voz alta porque una de las muchachas se acercó y me explicó que sería más

problemática la difusión si no se unían más personas a la iniciativa.

No sé si fue debido al tiempo que llevo debajo de la superficie, acaso por los años que sumados a mis días terrestres se han duplicado dando como resultado que no sólo la cronología y la fisiología se hayan visto modificadas, sino también las ideas que sólo esperaban el momento adecuado para emerger en el contexto preciso, pero en un trayecto que comenzó con Emiliano y que terminó con el ejército que comandó Doroteo Arango, decidí que si mi existencia sería subterránea, no lo serían ni mis ideas ni su posible influencia en otras personas.

Comencé a trabajar por mi cuenta. Lo primero que tuve que hacer fue informarme, tarea que se vio solucionada gracias a la disposición de los pasajeros que amablemente me cedieron las publicaciones (periódicos, revistas, folletos, semanarios) que habían terminado de leer, pero también a la de algunos vendedores que de pronto aparecen en los corredores del transporte subterráneo para vender sus periódicos así como a la de grupos de jóvenes que generosamente me compartieron los textos que ellos mismos imprimían para compartir con la población.

Después de realizar dicha tarea, y dado que lo mío no es hablar frente a más de dos personas, opté por hacerlo de manera individual con quien tenía a mi lado. No voy a decir que aquella práctica resultó en una completa aceptación por parte de todos los pasajeros, aunque sí puedo afirmar que fue exitosa en el sentido de que pude establecer un diálogo con la mayoría de mis interlocutores.

De hecho, quienes más me preocuparon fueron las pocas personas a quienes les tenía absolutamente sin cuidado reflexionar o actuar para modificar el actual curso de las cosas. De

ellos, tres de plano no me hicieron caso: el primero se hizo el dormido, otra se puso a mirar de reojo la revista de chismes de la farándula europea que devoraba con toda determinación (en esos días se decretó que en el país ya no había pobres, desde entonces optamos por enterarnos de la vida de fulanos millonarios que vivían en países que no éramos capaces de localizar en el mapa), mientras que el último de plano me advirtió que si no me callaba no tendría más remedio que hacer añicos a mi progenitora (me iba a romper mi madre).

Dada mi necesidad inherente (que afortunadamente no desembocó en que mi madrecita fuera fracturada), después de algunos minutos de fino *lavado de coco*, logré preguntarles a los tres cuál era su origen y por qué estaban usando el sistema de transporte subterráneo:

-Por andar pendejeándola me caí por unas escaleras, acabé acá y ¡sepa la chingada por qué no puedo salir! -me respondió el primero.

-Yo vivía cerca de donde el Jefe de la Ciudad, Octavio Díaz Angulo, proyectó la nueva línea del *Subte*, ¿no? En ese entonces el plan se veía divino, súper padre, tendría una parte subterránea, otra que correría en la superficie y la última sería aérea, ¡algo que me pareció irreal y súper creativo! Yo pensé: ¡pues qué padre que la prole tenga una nueva manera de desplazarse a sus trabajos, cero contaminación, estrés mil, pero bueno, así es esto de abandonar el tercer mundo! ¡Así ya la gente dejará de quejarse y verá que su subsidiada tarifa está siendo aprovechada mil! Lo que de plano no fue mi *hit* es que la casa que compartía con mi "rrumi", así *suddenly* [de pronto] comenzaba como a temblar y pues eso como que no estaba padre, ¿sabes? Sucede que un día que mi súper hermana del alma (ay, así le decía a mi

“rrumi”) no estaba en casa, el piso de nuestro hogar dulce hogar empezó a moverse mal plan hasta que finalmente colapsó la estructura y pues acabé con todo y los restos de la *sweet home* dentro de los cimientos del *Subte*, ¡o sea qué oso! Obvio que durante la *depre* post catástrofe saqué a mi “rrumi” de la *friend zone*, pero lo que de plano me *frikeó* mal plan fue que por más intentos que hago no puedo salir de este lugar... y es que neta... ¡el aroma que este lugar emana en horas pico no está nada padre! - sintéticamente me planteó la segunda persona.

-Pues porque se me pegó mi rechingada gana, ojete. ¿Cómo ves? -así que dejé por la paz al último de mis entrevistados.

Lo curioso es que después de más de cuatro décadas de soportar empujones mientras nos cocemos lentamente en nuestros propios jugos, de soportar fallas en el servicio así como de aguantar un trato que deja mucho qué desear por parte de las decenas funcionarios que ocuparon en distintas ocasiones la titularidad del gobierno de la ciudad y del casi centenar de directores del *Subte*, no fue sino hasta que al doctor *honoris causa*, Justiniano Octavio Díaz Angulo (¡estos padres de familia que no tienen idea que con un simple nombre les pueden desgraciar el futuro a sus hijos!) se le ocurrió aumentar la tarifa de dicho transporte público, que finalmente las personas se atrevieron a levantar la voz.

Fue ahí cuando el eslogan de NoJODA (No, Justiniano Octavio Díaz Angulo -¡estos padres de familia!) se erigió como bandera de lucha de jóvenes, viejos y adultos. Fue un despertar de un sector de la población que funcionó como especie de detonador de la insurrección popular que buscó sacudirse tanta corrupción e ineficiencia gubernamental. Muchos se organizaron para protestar,

otros compartían información formando brigadas que vagón tras vagón fueron recorriendo la totalidad de las líneas del *Subte*, algunos otros llevaron esas reflexiones a sus casas y discutieron con sus familiares o amigos la importancia de la participación... aunque desde luego, coexistíamos con aquellos que cayeron de la superficie al subsuelo y optaban por hacerse los dormidos o mirar de reojo las publicaciones ajenas. Por mi parte transbordé por *n-ésima* ocasión otro vagón del *Subte* para ver hacia donde me llevarían esta vez los Cuatro Caminos.
